

STYLUS. CONJUNTO ARQUEOLÓGICO-NATURAL DE SANTOMÉ.

Una de las características más sobresalientes de la civilización romana es el uso de la escritura, en diferentes soportes y con diferentes instrumentos. En su expansión, los romanos, integraron otras culturas con lenguas y alfabetos diferentes, pero paulatinamente se fue imponiendo en todos los territorios el alfabeto latino y la lengua latina, y con ellos la utilización de la escritura como vehículo de comunicación.

Para escribir, además de saber, son necesarios dos elementos básicos: un instrumento con el que trazar las letras y un soporte sobre el que escribir. A pesar de que no siempre hay una relación directa entre ambos, pues con un instrumento se puede escribir en diferentes soportes, y viceversa, básicamente en la antigüedad grecorromana coexisten dos tipos de instrumentos que se asocian a dos soportes diferentes: el *calamus*, para escribir sobre papiro formando rollos *-scribae librarii-* y el *stylus* sobre tablillas enceradas *-scribae ceratii-*. Un paso en la evolución de la escritura, tendrá lugar, en un momento avanzado del imperio, por la aparición del pergamino, un material más flexible que el papiro, con el que se forman los códices, más fáciles de manejar, conciliando de esta forma la tradición helenística de los rollos de papiro, con la romana de los códices con las tablillas enceradas.

Conocemos los instrumentos de escritura empleados en el mundo romano, tanto por los textos de los autores clásicos, que en ocasiones además de mencionarlos, hacen referencia a su producción y uso, como por las representaciones iconográficas en diferentes soportes, sobre todo pintura y escultura; pero serán sobre todo los propios hallazgos de las excavaciones sistemáticas, los que permitan ahondar en su estudio.

La investigación sobre estos útiles, sobre todo en la Península Ibérica, pasó prácticamente desapercibida, debido básicamente a la falta de su identificación, unido muchas veces a una ausencia total de contexto estratigráfico. La publicación de los estiletos de Emerita Augusta y las recientes exposiciones celebradas en el Museo de Arte Romano de Mérida, *Ars scribendi. La cultura escrita en la antigua Mérida*, y en la Casa del Lector

en Madrid sobre la Villa de los Papiros de Herculano, contribuirán sin duda a incentivar su estudio.

En este contexto, es necesario señalar la aparición, en la galería con pórtico de una casa, en el conjunto arqueológico - natural de Santomé, en un ambiente tardorromano, de un *stylus* de bronce. Estas piezas, los *styli*, de posiblemente origen mesopotámico, fueron usados por los griegos y etruscos, aunque serán los romanos los que extiendan su uso por todo el imperio. Morfológicamente constan de tres partes bien diferenciadas: un cuerpo generalmente cilíndrico, a menudo con un engrosamiento para facilitar la presión justo por encima de la punta afilada que sirve para escribir, y en el otro extremo, una espátula de diferentes formas, destinada a pequeñas correcciones para borrar sobre la cera que se escribe. El ejemplar de Santomé responde a esta forma, con un cuerpo de sección circular, rematado en espátula rectangular con los lados mayores cóncavos, decorado con motivos de triángulos con facetas en todo su perímetro, alternando con bandas transversales de triple moldura. En algunas ocasiones, como parece en el ejemplar que presentamos, la punta de hierro encajaba en el cuerpo como un elemento independiente, que en este caso falta.

Todo parece indicar que los primeros estiletes eran de hueso o de madera, siendo los de hierro y bronce los más conocidos. Los de material óseo presentan siempre forma cónica, con cabeza globular, oval o en forma de oliva, que hacía la función de espátula. Los de hierro son más bastos y vulgares que los de bronce, que a menudo presentan decoración de motivos rectilíneos, llegando en ocasiones a llevar hilos de otros metales incrustados. A partir del siglo III d. C., se generalizan los de bronce, al tempo que se acortan. Algunos ejemplares presentan inscripciones, sobre todo los de hueso, en los que aparece el nombre del dueño, como es el caso de uno de *Segóbriga* donde se puede leer *Higinus*, nombre griego bien documentado en las inscripciones de Hispania, mientras que otros hacen referencia a promesas o aforismos.

En lo tocante a su fabricación poco se puede decir, más allá de que hay una serie de prototipos que se extienden por amplias áreas del imperio, lo que puede llevar a pensar en un centro de fabricación para su distribución. Sin

olvidar las consabidas producciones locales que imitan los productos de importación.

Las tablillas de cera, *tabulae ceratae*, como soporte de la escritura, son el complemento necesario e imprescindible para escribir con el *stylus*. Desempeñaban un papel decisivo en la comunicación escrita en el mundo romano. Los ejemplares más antiguos se encuentran en la edad del bronce, en la costa de Asia Menor. Su uso se mantiene hasta por lo menos la baja edad media, como se desprende de algún comentario de San Isidoro de Sevilla, y del borrador de la Vida de San Bonifacio, fundador del monasterio de Fulda, escrita por San Willibaldo.

Las tablillas de madera, de forma generalmente rectangular, están ligeramente rebajadas en cada una de las caras, aunque en algunos casos solo en una, formando una superficie enmarcada en sus extremos, para poder recibir una fina capa de cera de abeja, sobre la que por medio del *stylus* se iban trazando las letras. La cera, de color negro, o a veces de una especie de laca roja, resultado de la mezcla de pez con alguna otra tintura, debía de resultar suficientemente consistente como para usar utensilios resistentes para escribir. Las letras se leían mediante el contraste entre el fondo de madera de color blanco y la superficie de cera de color oscuro. A menudo sabemos de su contenido, aunque perdieran la cera, pues muchas veces la capa era tan fina que el *stylus* dejaba grabado en la madera parte del texto.

Son generalmente de forma rectangular, fabricadas en madera de pino, abeto, abedul, fresno y, excepcionalmente, boj. También se fabricaron en otros materiales como marfil, *tabellae eburneae*, o en hueso, como la documentada en una tumba romana de Alcalá de Guadaíra, hoy en el Museo Arqueológico de Sevilla, realizada en un hueso largo de bóvido, formando un *codex pugillar*.

Estas tablillas se unían formando “códices”, derivado del latín, cuyo significado original es “trozo de madera”. Según el número de tablillas que se agrupaban recibían diferentes nombres, díptico, tríptico o políptico si tenían más de tres. Para facilitar su sujeción llevaban unos agujeros por los que

pasaba un lazo que los unía permitiendo girarlos como un libro. Frecuentemente, las tablillas llevaban una protuberancia en el centro a modo de botón, cuya funcionalidad era la de impedir que se tocaran las caras escritas al cerrarlas.

También existían planchas de madera que no recibían cera, pero eran pulidas y emblanquecidas, sobre las que se escribía con tinta por medio del *calamus*; eran las *tabulae dealbatae*, usadas mayoritariamente para anuncios oficiales.

Frente a la escritura con *calamus* y tinta en rollos, las *tabulae ceratae* permitían corregir fácilmente el texto y su reemplazo. Eran más sencillas de transportar y de leer, pues el rollo tenía que ser sujetado con las dos manos. Se utilizaban preferentemente para textos cortos de temática variable: contratos comerciales, recibos de banqueros, recados personales o mensajes; y naturalmente, en la escuela para los niños en edad escolar, donde las tablillas enceradas venían a ser lo mismo que la pizarra y cuadernos que se usaron tiempo después.

El mayor descubrimiento de tablillas tuvo lugar en Pompeya en el año 1875, en la conocida como Casa de Cecilio Jocundo, en la que se documentaron 153 documentos en una caja de madera guardada en el piso superior de la vivienda. Todos, a excepción de uno, datados entre el 27 d. C. y el 62 d. C., poco antes del terremoto sufrido en la ciudad vesubiana. De la lectura de estos textos se deduce que su propietario, Cecilio Jocundo, ejercía una intensa actividad comercial como recaudador de impuestos y rentas en la ciudad de Pompeya, así como pujador y prestamista de pujas.

Los utensilios para escribir sobre las *tabulae ceratae* se completan con las espátulas, láminas de hierro de forma triangular que rematan en una especie de espigo o mango. Servían para restaurar la cera deteriorada por el uso, retirando la usada y alisando la nueva capa de cera vertida. Alguna de estas espátulas debió de realizar la función de formón para tallar las tablillas en la madera en bruto.

La pieza que mostramos, junto con una caja de sello procedente del mismo yacimiento, pone de manifiesto el nivel cultural de los habitantes del Santomé galaicorromano y la existencia de una correspondencia epistolar, un nuevo aspecto de la vida cotidiana sobre el que nos ilustra este importante yacimiento arqueológico.